



DISCURSO DE ORDEN

EL DOBLE DERRUMBE DE LA MODERNIDAD*

-Un enfoque ético-

RENÉ BÁEZ - ECUADOR

Esta noche solemne para quienes hemos hecho armas en la teoría y en la práctica de la Economía desde la querida capital ecuatoriana, considero que constituye un marco apropiado para que, abriendo un paréntesis en nuestras actividades habituales, reflexionemos desde una perspectiva más amplia sobre el signo de los tiempos que vivimos como medio para identificar objetivamente los alcances, las desviaciones y los límites de la disciplina que cultivamos.

A los fines de alimentar ese propósito, he creído del caso exponer sumariamente algunos puntos de vista sobre los avatares de la Modernidad, en la cual estamos inmersos como integrantes de la comunidad internacional, nacional y local; puntos de vista propios y de cosechas ajenas que aspiraría contribuyan a percibir más ponderadamente

la realidad, en la perspectiva de “vivir con la verdad”, conforme recomienda la sabiduría de la gente anónima del pueblo. Huelga señalar que los juicios que expondré esta noche efemérica no pretenden abrir polémica alguna y menos aún herir susceptibilidades personales, aunque sí está en mi propósito suscitar ese “hondo interés desinteresado” al que se refiriera un científico latinoamericano para aludir al estado de ánimo que debe prevalecer cuando se habla del hombre y su destino.

Comenzaré mi tarea aludiendo a un juicio que, al menos para los ecuatorianos, se ha constituido en la verdad más contundente, dolorosa e incontrastable, la verdad de que en este tornasiglo vivimos una crisis aguda y multifacética que amenaza incluso con la disolución político-administrativa de nuestro país.

* Discurso de orden pronunciado en la sesión solemne del Colegio de Economistas de Quito el día 23 de noviembre del 2000. El acto tuvo lugar en el Auditorio “Germánico Salgado Peñaherrera” del CEQ.

¿Cómo pudimos llegar a este lamentable estado que, desde mi percepción y *mutatis mutandi*, planea sobre el mundo entero?

Para orientar mis reflexiones sobre tan trascendental cuestión he creído del caso guiarme por la siguiente hipótesis: *El drama contemporáneo de la humanidad tiene sus raíces en el predominio del orden económico (más precisamente, economicista) sobre el político y el moral.*

Enfoque ciertamente antiquísimo, conforme se deriva de la siguiente reflexión de Confucio:

Si un príncipe sólo piensa en enriquecer su reino, los ministros también sólo pensarán en acumular bienes para sus familias, los funcionarios y los hombres del pueblo tampoco buscarán otra cosa que su propio enriquecimiento. Entonces, surgirán discordias entre los superiores e inferiores para obtener la máxima cantidad de riquezas, con lo que se tambalearán los cimientos del reino.

Este texto escrito hace más de dos mil años describe -a mi juicio- con impresionante precisión la patología esencial de la actualidad.

En sustancia, el maestro oriental lo que expresa es que el ansia de dinero constituye la raíz más poderosa de la concupiscencia humana, concupiscencia que fatalmente desemboca en la liquidación de cualquier orden político, moral e institucional.

En Occidente, la misma idea aparecerá en la cultura judeo-cristiana representada en la figura de Leviatán, el monstruo apocalíptico que terminó por hundir a Babilonia.

La identificación de las semillas del mal en el culto del dinero es recurrente en las diversas civilizaciones “premodernas”, lo cual permite inferir -repito- que la decadencia de los pueblos puede asociarse al predominio del orden crematístico sobre el político y el moral.

¿Cómo ocurre esto en los Tiempos Modernos que vivimos, los tiempos que surgen del Renacimiento europeo catapultados por el dinero y la ciencia positiva o tecnociencia, los dos ejes de la razón instrumental?

La respuesta es que ocurre precisamente por la fuerza de esos instrumentos.

A continuación desglosaré los motivos.

Roger Garaudy explica que la supremacía del dinero obedece al desarrollo del mercado, proceso que justamente está en la base del Renacimiento y la Modernidad. Hasta la época previa -dice- “los fines últimos de la vida se definían (en Occidente) al margen del mercado: venían establecidos por las jerarquías sociales, las morales implícitas o explícitas, las religiones cuyo origen y fundamento es ajeno al mercado. El mercado sólo llega a convertirse en una religión cuando se erige en regulador único de las relaciones sociales, personales o nacionales, fuente única de la jerarquía y el poder”.

Dos hombres de comienzos de la Modernidad darán precisa cuenta de la apoteosis del mercado y el dinero. Cristóbal Colón cuando, en su diario de navegación, pudo escribir: “Gran cosa es el oro, sirve hasta para enviar las almas al Paraíso”, y el genial Shakespeare con su exclamación: “ ¡Oh dinero!, tú que todo lo puedes”.

Por su lado, la ciencia positiva, el otro componente amoral de las sociedades modernas, ha tenido –como sabemos– un ascenso espectacular y deslumbrante. Baste señalar que el siglo XX ha sido testigo de los viajes espaciales y de la comunicación en tiempo real para constatar que la razón tecnológica ha superado la fantasía, aunque también resulta indiscutible que ha dado lugar a otro culto profano del cual virtualmente todos participamos: la tecnolatría.

¿A dónde nos han conducido estos cultos modernos del mercado, el dinero y la tecnología?

Respuesta: a una crisis civilizatoria, al filo del abismo.

Visión de las cosas que, obviamente, ustedes podrían no compartir, pero que, a mi juicio, tiene abrumadores sustentos.

¿A qué aludo? A los inquietantes impactos de la hegemonía del dinero y la tecnología en el hombre contemporáneo.

Me explico con las palabras de Ernesto Sábato, quien en su libro *Hombres y engranajes* (1951) elaboró la siguiente síntesis de la Modernidad:

Contrariamente a la creencia comunista –escribió el autor de *El Túnel*– la crisis contemporánea no es sólo la crisis del sistema capitalista: es el fin de toda esa concepción de la vida y del hombre que surgió en Occidente con el Renacimiento. De tal modo que es imposible entender este derrumbe si no se examina la esencia de esa civilización renacentista.

El Renacimiento se produjo mediante tres paradojas:

1^a. Fue un movimiento individualista que terminó en la masificación.

2^a. Fue un movimiento naturalista que terminó en la máquina.

3^a. Fue un movimiento humanista que terminó en la deshumanización.

Que no son sino aspectos de una sola y gigantesca paradoja: la *deshumanización de la humanidad*.

¿Cómo entender en los días que corren la patética paradoja sabatiana de la *deshumanización del hombre*, del vanidoso hombre engendrado por la Modernidad y cuya debacle fuera vislumbrada desde el siglo XIX por genios atormentados como Dostoyevski y Nietzsche?

Una exploración de las amorales relaciones entre los hombres y de las de éstos con la naturaleza fraguadas por la Modernidad nos alumbrará en ese propósito.

Comencemos por analizar las relaciones hombre-naturaleza.

A lo largo de miles de años –señalan los estudiosos– la humanidad logró mantener un vínculo de equilibrio con la naturaleza que posibilitó un avance demográfico cuantitativo y cualitativo. Esa relación de equilibrio se rompe con la hegemonía de la ciencia positiva y la consolidación de la sociedad industrial. La ruptura ha sido tan violenta que únicamente en los últimos 25 años –un instante en tiempo cósmico– la humanidad ha agotado la cuarta parte de los recursos físicos del planeta. La ruptura de la unidad dialéctica entre el hombre y la naturaleza provocada por el reinado del dinero y la tecnología está, sin duda, en la raíz del cataclismo ecológico.

La raíz del desastre ecológico obedecería a que el *homo economicus* y el *homo*

consumens, esos aberrantes ideales de la sociedad burguesa, hicieron que el hombre concreto dejará de considerarse parte de la naturaleza, y en lugar de apoyarla, con la tecnología en ristre terminara por declararle la guerra. Una guerra en la cual está resultando victorioso. Así de absurda es la cuestión.

Iván Illich ha descrito la tragedia de modo alucinante y triste. Oigámosle:

Desde el sufrimiento de los pacientes con cáncer y la ignorancia de los pobres-dice Illich- hasta el hacinamiento urbano, la escasez de vivienda y la contaminación del aire son productos de las instituciones de la sociedad industrial diseñadas originalmente para proteger al hombre de la calle del medio ambiente, mejorar sus circunstancias materiales y reforzar su libertad. Al violar los límites establecidos para el hombre por la naturaleza y la historia, la sociedad industrial engendró incapacidad y sufrimiento en aras de eliminar la incapacidad y el sufrimiento.

Esta violación de los límites de la relación hombre-naturaleza supone una transgresión de la ética global y cosmológica, transgresión por la cual el colectivo de la humanidad contemporánea ha comenzado a pagar un altísimo precio.

¿Por qué?

Común a todas la éticas preindustriales –nos explica el propio Illich- era la idea de que los límites de la acción humana estaban estrechamente circunscritos. La tecnología constituía un tributo medido a la necesidad, y no el implemento para facilitar la acción elegida por la humanidad. En épocas más recientes, a través de nuestro desmedido intento por transformar la con-

dición humana con la industrialización, nuestra cultura íntegra ha caído presa de la envidia de los dioses. Somos rehenes de un estilo de vida que nos predestina a la destrucción.

El racionalista y mitológico Icaro habría vuelto a fracasar en su desaforado sueño de conquistar el Sol y al comenzar este nuevo siglo, con sus alas recalentadas, se precipita nuevamente sobre las peñas del mar.

La “avaricia radical” (*pleonaxia*) y la “insolencia sin medida” (*hubris*) han venido pautando este proceso que se está llevando a la naturaleza y, de la mano, al hombre.

Veamos ahora, aunque sea lacónicamente, el derrumbe de las relaciones entre los hombres derivado asimismo de la victoria renacentista de la razón instrumental sobre las concepciones previas de la Política y la Economía mediante la mutilación de su sustrato ético primigenio.

¿A qué me refiero concretamente?

Si nos enmarcamos en Occidente, y más allá de las exacciones de la nobleza y el clero feudales, no se puede menos que reconocer que el cristianismo sostuvo discursivamente y en la prueba de la práctica en muchos casos (Bartolomé de las Casas, por ejemplo) la unidad de la Ética con la Política, lo cual significaba que la actividad política –siempre según el cristianismo- tenía que legitimarse por su condición de servicio moral a los hombres y a los pueblos.

Esta fusión entre Ética y Política comenzará a diluirse por el creciente predominio de la razón individualista de la burguesía y los aportes de ideólogos del

empirismo como Locke y Hume, que encontraron inadmisibles la aplicación de nociones morales en los asuntos del Estado, reenfoque de la política que creó la premisa para una lógica del poder por el poder, vale decir, para la concupiscencia del poder, fundada en el economicismo, en la materialidad del poder. (Si sabremos los ecuatorianos que acabamos de asistir a la disputa del poder entre dos mafias financieras).

La ruptura entre la Ética y la Economía, comprendida la Economía como el saber holístico y moral de la tradición grecolatina, constituye, asimismo, un terrible e inequívoco trofeo de la Modernidad.

Escuchémosle a este respecto a Aleksander Solzhenitsin, el famoso disidente de la ex Unión Soviética (donde también, con rituales distintos, se rindió culto a los mismos dioses de la Modernidad).

El siglo XVIII -dice Solzhenitsin- nos dejó el precepto de Jeremy Bentham: moralidad es aquello que brinda placer al mayor número de personas; el hombre jamás podrá desear otra cosa que no sea aquello que favorece la conservación de su propia existencia.

Este postulado de Bentham -como sabemos- se convertirá en la piedra miliar de la teoría económica de la Modernidad, particularmente de las construcciones liberales clásica y neoclásica (aunque también del socialismo marxista bajo la dogmática estaliniana) que han terminado por edificar un fundamentalismo con una sola ley: la Ley del Mercado.

Valga la siguiente acotación al margen. Visionariamente, Bolívar, el padre de nues-

tras patrias, habría previsto el peligro que implicaba para Hispanoamérica el enfoque amoral de las cuestiones económicas, al punto que como nos recuerda José Consuegra en su libro *Las ideas económicas de Simón Bolívar*, llegó a excluir por decreto los textos de Bentham de las universidades de la Gran Colombia. Igual prohibición a la que dispusiera la Iglesia Católica. Medidas sin duda radicales, aunque idénticas a la de signo contrario que impusiera el presidente Santander, por la cual establecía como obras únicas para el estudio del derecho civil y penal a las del citado filósofo utilitarista.

¿A dónde nos ha conducido la victoria orgiástica del amoral discurso económico moderno?

Me pregunto y pregunto a ustedes, ¿no es una moral darwiniana o, para ser más preciso, una antimoral la que viene imponiendo la globalización liberal?

Dejemos que respondan los hechos globales.

La economía mundial contemporánea está controlada en un 25 por ciento por unas 200 empresas transnacionales que emplean el 0.75 por ciento de la fuerza laboral. Esta concentración de la propiedad determina una desigualitaria distribución de los ingresos. Conforme a estadísticas de las Naciones Unidas, unas 358 personas naturales -repito 358- plácidamente instaladas en el "planeta financiero", detentan ingresos equivalentes a los de los 2.600 millones de habitantes menos favorecidos, es decir, el 40 por ciento de la población mundial.

Estas son las consecuencias de la "economía-casino" que ha terminado por galvanizar sobre nuestras cabezas la ciencia

positiva, la economía positiva, el liberalismo económico, la lógica del mercado.

¿Qué podremos decir los ecuatorianos que en virtud de esa lógica implacable perdimos nuestra moneda y venimos “exportando” a cientos de miles de nuestros compatriotas para equilibrar el intercambio?

¿Cómo se pudo llegar a estos extremos de injusticia y de moral darwiniana?

Respuesta: la humanidad perdió su brújula moral.

La Modernidad, el Progreso y el Crecimiento –no olvidemos las mayúsculas– han avanzado ciertamente en los últimos tres siglos. Mas, sin duda, ha sido un avance con más naufragos que sobrevivientes, con el agravante de que en ese viaje se ha venido desdibujando el alma humana. El hombre de la Modernidad vive un cataclismo interno, una guerra civil interna ha dicho el dirigente zapatista Marcos.

¿Cómo pudimos llegar a esta encrucijada?

En concomitancia a lo que he sustentado en esta misma noche, tengo que decir con amargura que gran parte de la responsabilidad recae sobre las desviaciones de la Economía moderna que predomina en las metrópolis y en la periferia.

Una visión extraña para entender problemas extraños y defender intereses extraños o individualistas y fraccionalistas internos se ha erigido en América Latina y el Ecuador en la Ciencia Económica. De este modo, hemos ignorado de partida que la verdadera Economía tiene que ser una disciplina totalizante y ética, como lo entendió la sabiduría griega antes de Cristo y como la siguen entendiendo nuestras co-

munidades indígenas peyorativamente identificadas como “primitivas”.

La mutilación del carácter holístico y ético de la Economía, además del histórico, está en la raíz de las múltiples servidumbres que se han acumulado para nuestros países –la astronómica e impagable deuda externa es una de ellas–, derivando en lo que Celso Furtado ha denominado certeramente como el “ilusionismo de la Economía”, en referencia a nuestra vocación por problemas secundarios cuando no falsos.

Tiempos ciertamente difíciles particularmente para sociedades como la ecuatoriana que nace al nuevo siglo y milenio, no con los fulgores con que la propia Modernidad aún exultante inaugurara el siglo XX, sino soportando en carne viva los rigores de un pasado colonial y un presente neocolonial. Y para colmo, involucrándose en una guerra ajena y sin salida.

¿Qué hacer? ¿Puede haber lugar al optimismo desde estas realidades tan desoladoras?

La respuesta tiene que ser afirmativa, a menos que aceptemos que la especie humana está predestinada a continuar en este curso de evolución regresiva y letal, o que nuestro pueblo ha naufragado definitivamente en las aguas de las modernas servidumbres externas y domésticas.

En *Diálogos Imaginarios*, un pequeño libro de mi autoría que lo editó en 1994 el CEQ, aparecen dos pasajes que me parece oportuno repetirlos como cierre a esta extendida intervención.

El primero alude a una reflexión económica del antropólogo hindú Ashis Nandy quien explica:

A diferencia de la miseria, la frugalidad es perfectamente tolerable...

La *swadeshi* (de Gandhi) no es un sistema como el capitalismo; es un estado mental, una fuerza interior. Nos induce a controlar nuestros deseos y a restringirlos a aquello que es accesible a nuestro entorno inmediato. Los hombres han vivido así durante miles de años sin ser necesariamente más desgraciados de lo que son hoy. El adepto de la *swadeshi* se dirige prioritariamente al que vive en su propia comunidad, y no a un productor lejano, aunque el producto local sea de menor calidad, o más caro.

El segundo pasaje corresponde a un legado de León Tolstoi, el novelista de la

guerra y la paz, quien dejó escrito: “El problema económico y social que aparece insoluble es como en la fábula de la caja de Krylov. El cofre se abre fácilmente. No se abrirá hasta que se haga lo más sencillo: abrirlo”.

Los pensamientos de Nandy, Gandhi y Tolstoi me parecen poderosísimas armas para la resistencia a una modernización mal concebida y peor instrumentada. Y específicamente para nosotros, cultores de la ciencia lúgubre en un país en gravísimo trance de desintegración en nombre de los señuelos del Progreso y el Crecimiento, en un candente desafío para reinsertar la ética a nuestro discurso teórico, profesional y humano.

Gracias